

Un espacio común de alternativa para el Comercio Justo y la Banca Ética

Peru Sasia

Presidente de la Fundación Fiare



“Un proyecto que, de forma honesta, quiera responder a las emergencias que nuestras sociedades injustas presentan, debe garantizar que es capaz de reconocer esas emergencias y que está legitimado, tiene la capacidad y la motivación para hacerlo así. Por lo tanto, la base social que se “adueña” del proyecto y se hace responsable de su desarrollo deberá estar constituida por aquellas personas y organizaciones que están legitimadas socialmente, que comprenden cuales son las necesidades de los colectivos en situación o riesgo de exclusión y que están motivadas para trabajar en favor de ellos. Deberá asimismo decidir cómo puede integrar a esos colectivos en el proyecto de forma intensa, más allá de la mera provisión de servicios. Solo así podrá una Banca Ética Ciudadana mantener una orientación preferente hacia esos colectivos y entender de forma directa y evidente cuáles son los retos de la Justicia. Solo así mantendrá esa actitud disidente que surge de la indignación.”

Sasia, P. y De la Cruz, C., (2008):
Banca Ética y Ciudadanía. Trotta, Madrid.

Lecciones de la crisis

La crisis económica de estos últimos años, producida como consecuencia del colapso de las prácticas especulativas a nivel mundial, ha mostrado con meridiana claridad la incapacidad del sistema financiero de contribuir a la creación de condiciones de justicia a nivel global. De hecho, lo que esta crisis nos ha desvelado es una globalización económica definitivamente desatada, un gran mercado mundial electrónicamente interconectado y controlado por unos cuantos actores globales, que no atienden a más razones que las que invoca su interés económico.

Hoy entendemos, quizás un poco mejor, en base a qué intereses orientan sus decisiones estos agentes económicos globales. Somos testigos de la manera en que influyen en la creación de marcos normativos internacionales que hagan posible su actividad. Hemos conocido nuevos elementos relacionados con la forma en que desarrollan las estrategias de lobby que les permiten mantener este *statu quo*. Nuevas certezas que no dejan de ser reflejos más matizados, aunque seguramente mucho más evidentes, de un diagnóstico que se ofrece desde hace ya muchos años desde ámbitos como la cooperación para el desarrollo, la economía solidaria, la soberanía alimentaria o la agroecología. Un diagnóstico sobre el que se asienta asimismo todo el trabajo de denuncia, sensibilización y creación de circuitos de comercialización que configura el espacio del Comercio Justo.

En este escenario de progresivo debilitamiento de los mecanismos políticos de búsqueda del bien



Foto: Pablo Tosco / Internón Oxfam

común, se plantean interrogantes de gran importancia para la sociedad civil en su conjunto. Hoy nos preguntamos, al menos aquellas personas y organizaciones a quienes, como decía el filósofo Muguerza, “les queda un resto de dignidad”, qué es lo que debemos hacer ante este estado de cosas. Un deber que nos impulsa a recorrer una vez más el camino entre lo que es posible hacer y lo que merece la pena soñar, en un viaje plagado de elementos nuevos y, en muchos sentidos, demoralizadores. Por eso, y sin entrar a analizar de forma pormenorizada las lecciones aprendidas de esta crisis, si merece la pena al menos preguntarnos por los retos que la acción colectiva de base ciudadana debe asumir hoy, si lo que se persigue es plantear alternativas (posibles, soñadas) a los mecanismos económicos de articulación social que configuran nuestra sociedades.

No podemos olvidar que, en estos tiempos, lo que ocurre en esa esfera condiciona radicalmente nuestras vidas, definiendo los criterios de distribución de productos y servicios básicos, determinando los criterios de apropiación de la riqueza, afectando la estabilidad del medio en que vivimos, incluso con-

Generar espacios de acción colectiva que apuesten por articular circuitos económicos alternativos

solidando las lógicas de poder a escala mundial. De ahí la gran importancia que tiene hoy la búsqueda de espacios de acción colectiva que se creen y desarrollen con la mirada puesta en la articulación de circuitos económicos que traten de atender a las clamorosas injusticias y desequilibrios que el sistema económico sigue generando.

Delineando la Banca Ética

La naturaleza estructural de algunos de los factores que han desencadenado esta crisis y las consecuencias sobre amplias capas de nuestras sociedades no hace sino confirmar que la responsabilización de las personas y organizaciones respecto a las consecuencias de nuestros comportamientos económicos es una tarea de carácter permanente. El papel protagonista que ha jugado el sistema financiero ha reforzado la necesidad de proponer circuitos económicos de alternativa también en este ámbito. Si bien su origen se remonta a muchos años atrás, el reto que afrontan hoy los proyectos de finanzas alternativas, y muy particularmente las propuestas concretas de Banca Ética¹, adquiere nuevas resonancias ante la necesidad de canalizar esa responsabilización ciudadana tan urgente en estos tiempos.

Es desde esta perspectiva desde la que cabe entender hoy el valor de la Banca Ética, que puede por ello definirse como propuestas de reocupa-

1. Si bien se suelen utilizar expresiones como “finanzas alternativas”, “finanzas éticas” y otros, el término “Banca Ética” se aplica para hacer referencia a entidades financieras autorizadas por los organismos competentes del Estado y sometidas a supervisión por los reguladores financieros. Es decir, entidades que formalmente son bancos y, por lo tanto, pueden ofrecer los productos y servicios bancarios habitualmente utilizados como cuentas corrientes, tarjetas, banca por internet, etc.

ción de la esfera pública por parte de personas y organizaciones que reclaman su derecho (y reconocen su deber) de articular sistemas de intermediación financiera de acuerdo con una lógica alternativa a la propia de la globalización neoliberal. Sistemas capaces de vincularse con otras propuestas de alternativa económica buscando la transformación social con la justicia como horizonte de referencia. Se trata, por lo tanto, de proyectos que ofrecen los servicios bancarios habituales a personas y organizaciones que quieren atender a las consecuencias sociales de la actividad de crédito que se desarrolla con su dinero, y que reclaman que dicha actividad se oriente exclusivamente a aquellos proyectos que contribuyan a la regeneración de nuestras sociedades.

A partir de esta declaración inicial sobre la naturaleza fundamental de los proyectos de Banca Ética, es fácil entresacar los elementos esenciales que delimitan sus contornos y poder, de esta manera, ponerlos en relación con otras propuestas de alternativa. En esta tarea, lo primero que salta a la vista es su condición de procesos de *acción colectiva*, que reúnen en su creación y consolidación a personas y organizaciones que se vinculan jurídicamente a un proyecto que se asienta sobre valores como la participación, la transparencia o la rendición de cuentas. Valores que posibilitan que la Banca Ética asuma el segundo gran reto que configura su perfil más genuino: canalizar el ahorro hacia el apoyo mediante el crédito de proyectos de alto valor social. Un valor social que, como decíamos, orienta precisamente el crédito hacia la regeneración social, es decir, al apoyo de intervenciones sociales que buscan curar las heridas que el sistema económico actual

La Banca Ética como propuesta de reocupación de la esfera pública frente a la lógica financiera neoliberal

Canalizar el ahorro responsable y convertirlo en créditos a proyectos de alto valor social

abre continuamente en nuestras sociedades. Un vocación, por lo tanto, nítidamente *política*, que se ocupa del bien común, prestando especial atención a las consecuencias de la actividad económica sobre los colectivos más vulnerables.

Para la Banca Ética, por lo tanto, el instrumento financiero concreto viene ineludiblemente insertado en un espacio nuevo, que niega el valor absoluto de la rentabilidad económica como medida de utilidad social y que trata de rescatar valores desterrados hace ya mucho tiempo de la actividad económica como la solidaridad, la cooperación, la donación o el altruismo. Un espacio cultural nuevo, de carácter radicalmente contracultural, para cuya creación y consolidación se precisa de una ciudadanía vigorosa, necesariamente organizada en un tejido asociativo sólido. Una ciudadanía que se preocupe por el interés común, que se mantenga atenta a los más débiles y que participe de forma voluntaria, agregándose para dar respuesta a esas situaciones de injusticia mediante proyectos nuevos de alternativa.

Esta aspiración no es exclusiva de la Banca Ética, por supuesto. Es un espacio en el que confluyen muchas otras organizaciones que buscan alternativas a los modos en los que se producen, se distribuyen y se intercambian productos y servicios a niveles locales, regionales o globales. Un espacio muy dinámico de personas, organizaciones y redes que, como decíamos, posibilitan la institucionalización efectiva, organizada y estable de comportamientos como la solidaridad económica, la cooperación e incluso la austeridad o el decrecimiento. Un espacio en el que se encuentran y se ponen en relación la Banca Ética y el Comercio Justo.

Comercio Justo y Banca Ética: una triple relación

Este espacio común que vincula los proyectos de Banca Ética con otros movimientos de alternativa configura de forma radical el tipo de relaciones que se establecen entre ellos y permite el despliegue de estrategias compartidas. En los ámbitos concretos de la Banca Ética y el Comercio Justo, las circunstancias actuales refuerzan la necesidad de establecer este tipo de relaciones entre dos espacios cuya importancia en la construcción de sociedades justas es hoy ampliamente conocido. Los desastres financieros de los últimos tiempos y las agresiones continuas al derecho a producir en condiciones dignas de una forma libremente elegida y gestionada muestran el rostro más oscuro de la influencia que los poderes económicos globales tienen en el bienestar de miles de productores locales a lo largo de todo el planeta. Frente a estas amenazas constantes, las redes de personas y organizaciones comprometidas con el desarrollo de alternativas en ambos espacios configuran un sustrato sobre el que se pueden construir dinámicas de relación que contribuyan al reforzamiento mutuo.

A la hora de pensar en las potenciales relaciones entre la Banca Ética y el Comercio Justo es fácil caer en el error de reducirlas a una lógica proveedor-cliente, en el que la entidad financiera (de Banca Ética, en este caso) se entienda como un financiador externo. Siendo esta una posible línea de colaboración, tenemos que decir que no solo no es la única, sino que necesita de otras dinámicas de relación si se quiere conseguir que la Banca Ética sea capaz de establecer circuitos económicos sostenibles para el apoyo financiero del Comercio Justo a largo plazo. Es importante entender que existen otras dos dinámicas que es necesario reforzar, superando un modelo en el que las entidades de Banca Ética se entiendan como meros proveedores externos de servicios financieros.

Una segunda dinámica de relación tiene que ver con el reto más importante que asumen los proyectos de Banca Ética, al que hacíamos referencia anteriormente y que no es otro que su modelo de construcción y consolidación. Los proyectos de Banca Ética precisan de estructuras cooperativas que sean capaces de asentar elementos esenciales de estas alternativas financieras como la cercanía al territorio, la autonomía, la participación, la relación estrecha entre tecno y socio-estructura o la atención prioritaria al impacto social de la actividad de crédito. Y esta construcción cooperativa necesita de personas y organizaciones densamente vinculadas al proyecto, y que provienen en su núcleo más comprometido de los ámbitos de militancia económica que, como decíamos, comparten con él análisis y visión.

Desde esta perspectiva, las personas y organizaciones que trabajan en el ámbito del Comercio Justo constituyen uno de los agentes promotores de la Banca Ética con mayor potencialidad, asumiendo un rol fundamental en la consolidación de su estructura cooperativa. No podemos olvidar que una de las principales condiciones culturales que necesitan los proyectos de Banca Ética es la superación del yugo de la maximización del beneficio económico y esto solo es posible conseguirlo consolidando una estructura de propiedad y de toma de decisiones que no se guíe por la búsqueda de la máxima rentabilidad económica y que entienda el valor social como medida del interés.

Las personas y, especialmente, las organizaciones que comparten este marco de valores deben ser los principales constructores (los principales socios) de los proyectos de Banca Ética. Las organizaciones de Comercio Justo y las personas que

***Consumir, pero sobre todo
construir conjuntamente
Banca Ética y Comercio Justo***

las constituyen están, por lo tanto, llamadas no solo a *consumir* Banca Ética, sino, especialmente y en primer lugar, a *construir* Banca Ética, de la misma manera que las personas y organizaciones que construyen los proyectos de Banca Ética no pueden hacerlo sin atender a los retos que afrontan otros espacios de alternativa, que son quienes dotan de significado y valor social a las herramientas financieras que se van construyendo.

La tercera dinámica surge de la identificación de un espacio de militancia común que desencadena actuaciones en alianza en ámbitos como la incidencia política o el trabajo cultural, desde una visión que, como indicábamos anteriormente, comparte elementos fundamentales para ambos movimientos. Enfrentados al reto inicial de construir alternativas de carácter micro, pero con vocación de ir conquistando espacios cada vez más amplios, el trabajo político y cultural resulta imprescindible. Un trabajo cuyos destinatarios no son solo la ciudadanía en general, sino también las distintas estructuras de la Administración y otros agentes sociales a los que es necesario hacer llegar la reflexión sobre la importancia de contribuir al reforzamiento de estos espacios de alternativa.

En este dinamismo de naturaleza cultural tanto el *comercio justo de productos financieros* como el apoyo mediante el crédito de circuitos de Comercio Justo se retroalimentan mutuamente, reforzando una identidad que rechaza un enfoque meramente asistencial o corrector de los fallos del mercado o del estado para estos proyectos.

Ni asistencialismo ni parches: crear nuevos circuitos completos de actividad económica bajo otros principios y prácticas

Una identidad que no olvida las causas estructurales de las desigualdades y que reivindica por lo tanto su carácter netamente político, tan importante en estos tiempos. También sirve para reforzar el acceso de la ciudadanía a espacios aliados, de tal manera que quienes provienen de uno de esos espacios pueden descubrir la gran coherencia que existe en ampliar su ámbito de compromiso a otros que se han creado en respuesta a las mismas aspiraciones transformadoras. Se posibilita así la creación de circuitos completos de actividad económica atrayendo personas que entienden que implicarse en proyectos de Comercio Justo y de Banca Ética son dos maneras de responder a los retos que la articulación de sociedades justas nos plantea hoy.

Partiendo de estos dos nuevos dinamismos, es posible entender de una manera notablemente distinta el papel de la Banca Ética como herramienta financiera al servicio del Comercio Justo. Siendo proyectos participados por organizaciones de Comercio Justo con las que comparte identidad cultural y actividad, la Banca Ética asume la responsabilidad de crear herramientas estables de intermediación que permitan canalizar ahorro ciudadano hacia las necesidades de crédito de las diferentes personas y organizaciones que componen el espacio del Comercio Justo. En esta tarea, la imprescindible vinculación de ciudadanía comprometida con la consolidación de alternativas se constituye en un reto compartido, a la búsqueda de un marco cultural que considere de otra manera no solo el derecho al crédito, sino el ahorro disponible, entendido como un bien común puesto al servicio del reconocimiento efectivo de ese derecho. Este espacio de trabajo conjunto exige la creación por parte de los proyectos de Banca Ética de distintos circuitos de intermediación, adaptados en cada caso a las necesidades de apoyo financiero de los proyectos que surgen en el ámbito del Comercio Justo. Pero exige asimismo la implicación de personas y organizaciones capaces de apoyar estos circui-

El consumo responsable debe incluir también los productos financieros, los seguros o la energía

tos, ya sea en su condición de clientes de ahorro, suscriptores de capital o promotores.

Desde esta perspectiva multidimensional, el concepto de consumo responsable encuentra extensiones naturales que muestran la identidad de base de los retos que para nuestra condición de personas y organizaciones consumidoras suponen no solo determinados productos como alimentos, artesanía o ropa, sino también otros servicios como productos financieros, seguros o energía, a través de los cuales contribuimos igualmente a la construcción de redes de comercialización justas. Y se extiende asimismo hacia una militancia económica que nos llama a ser mucho más que consumidoras responsables, para convertirnos en constructoras de alternativas.

Consolidando el presente. Imaginando el futuro

Las implicaciones prácticas de todo lo planteado hasta ahora son múltiples. De hecho, realidades ya existentes prueban que la situación actual ha traído nuevas respuestas y, por encima de ellas, la convicción de que es necesario establecer nuevas dinámicas en el conjunto del espacio de las alternativas económicas que permita descubrir muchas más. A modo de enumeración no exhaustiva, ofrecemos algunos ejemplos reales de este tipo de dinámicas que son ya hoy una realidad en todo el estado.

La construcción de proyectos de Banca Ética so-

bre la base de redes densas de personas y organizaciones tiene su exponente más significativo en la articulación del proyecto Fiare², una estructura cooperativa de ámbito estatal que cuenta con una base social de más de cuatro mil personas y cuatrocientas organizaciones socias, que ha sido capaz de intermediar más de sesenta millones de euros en sus primeros seis años de existencia. En el desarrollo del proyecto, Fiare ha venido realizando en alianza con entidades de Comercio Justo un gran número de actuaciones que incluyen proyectos de sensibilización, elaboración de materiales o interlocución con agentes sociales relevantes como ayuntamientos, organizaciones sindicales o universidades. La estructura de oficinas, puntos de información y grupos locales de Fiare incluye habitualmente compartir espacios con entidades de Comercio Justo, una experiencia que ha demostrado que produce acercamientos mutuos de nuestras respectivas bases sociales. Asimismo, los distintos niveles de participación han incorporado desde el comienzo de nuestra andadura a personas que provienen de este ámbito.

La presencia significativa de organizaciones del ámbito del Comercio Justo en la construcción de proyectos de Banca Ética ha hecho asimismo posible su encuentro a distintos niveles. Una buena prueba de ello es la consolidación del proyecto Fiare en una estructura de ámbito europeo, culminada en mayo de 2013 con la integración de las bases cooperativas de Fiare y Banca Popolare Ética³, una cooperativa de crédito con sede en Padova que cuenta asimismo en su extensa base social (más de cuarenta mil personas y organizaciones) con entidades muy reconocidas del Comercio Justo en Italia. El desarrollo de este proceso de integración tiene una alta significación como un modelo alternativo de construcción de redes de solidaridad a escala europea, y muestra un camino posible para muchas otras organizaciones.

2. www.proyectofiare.com
3. www.bancaetica.org

La participación del espacio del Comercio Justo en la construcción de los proyectos de Banca Ética se despliega, como hemos venido insistiendo, a distintos niveles. Uno especialmente significativo es el que incorpora este espacio en los procesos de valoración ético social de las solicitudes de financiación. Reconocer en las evaluaciones de los proyectos los valores que tradicionalmente han caracterizado al Comercio Justo (perspectiva de género, empoderamiento de los productores locales, impacto medioambiental, condiciones laborales justas) supone un elemento de legitimación muy importante que requiere no solo de la inclusión de determinados indicadores en las metodologías, sino de la participación de este espacio en los propios procesos de evaluación.

En relación con herramientas financieras específicas, no podemos olvidar que los proyectos de Banca Ética asumen la responsabilidad de crear los circuitos de intermediación necesarios, adaptados a las condiciones de duración, garantía, riesgos, etc. que plantean las distintas necesidades financieras del Comercio Justo. Esto exige en muchos casos tratar de generar un ahorro especializado, de personas y organizaciones que entienden las características específicas de este espacio. En este sentido, existen muchas posibilidades sobre las que deberemos seguir profundizando, como los productos de ahorro con cesión de intereses, el pago de intereses en productos de Comercio Justo, la generación de fondos de avales para operaciones de mayor riesgo, etc. En definitiva, la creación de un completo Sistema de Banca Ética, que incluya actividad bancaria normalizada, junto con circuitos especializados de intermediación que atiendan a las necesidades de las personas y organizaciones de los diferentes espacios de alternativa que, como el Comercio Justo, responden a las demandas de aquellas personas que quieren que su ahorro se oriente a la transformación social:

Incorporar los principios del Comercio Justo como criterios de evaluación de proyectos financieros éticos

“De esta forma, el sistema de Banca Ética se convierte en un laboratorio de experimentación, un núcleo de innovación social en el sentido más profundo que se le puede dar a esta palabra, tan de moda últimamente. Innovación al servicio de la Justicia. Este es el reflejo más evidente de que las respuestas no están todas dadas, ni mucho menos. Que la voz de los excluidos es tan nítida que no permite ni por un momento detenerse y recrearse en lo ya hecho. No lo olvidemos: disidencia e indignación. Lamentablemente, nos tememos que hay tiempo de sobra para innovar. Pero estamos también persuadidos de que hay redes empeñadas en hacerlo. Ahí debe estar la Banca Ética Ciudadana.”⁴

Ese es el reto de la Banca Ética en estos tiempos, y ante ese reto solo cabe imaginar una densa red de personas y organizaciones que comparten unos valores alternativos, y que quieren aplicarlos más allá del ámbito estrictamente individual. Personas y organizaciones que reclaman su derecho a ser ciudadanía activa, presente en la esfera pública y comprometida con el bien común. Un bien común que es el bien de todos, que no se puede reducir a simple estadística, ni acepta como daños colaterales la negación de las condiciones más básicas para una vida digna de millones de personas. En esa tarea, la Banca Ética y el Comercio Justo configuran un mismo espacio de alternativa y necesitan cada día encontrarse, conocerse y reforzarse mutuamente. ●

4. Sasia, P. y De la Cruz, C., (2008): *Banca Ética y Ciudadanía*. Trotta, Madrid.